

C. H. SPURGEON



CÓMO DESCANSAR
EN LAS

promesas de Dios

COMPILADO POR
JASON K. ALLEN

CÓMO DESCANSAR
EN LAS

promesas de Dios

Libros de Charles Spurgeon
publicados por Portavoz:

Apuntes de sermones

Cómo descansar en las promesas de Dios

(compilado por Jason K. Allen)

Cómo perseverar a través de las pruebas

(compilado por Jason K. Allen)

El poder de las Escrituras

(compilado por Jason K. Allen)

La prioridad de la oración

(compilado por Jason K. Allen)

Promesas y palabras de aliento para cada día

Solamente por gracia

C. H. SPURGEON



CÓMO DESCANSAR
EN LAS

promesas de Dios

COMPILADO POR
JASON K. ALLEN



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

This book was first published in the United States by Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 with the title *Spurgeon on Resting in the Promises of God*, copyright © 2022 by Jason K. Allen. Translated by permission. All rights reserved.

Este libro fue publicado originalmente en los Estados Unidos por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 con el título *Spurgeon on Resting in the Promises of God*, copyright © 2022 por Jason K. Allen. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Cómo descansar en las promesas de Dios* © 2023 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Diseño interior: Kent Jensen

Cover illustration of Charles Spurgeon copyright © 2015 by denisk0/iStock (484302822). All rights reserved.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL®, © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

El texto bíblico indicado con “NBV” ha sido tomado de la Nueva Biblia Viva, © 2006, 2008 por Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ

2450 Oak Industrial Drive NE

Grand Rapids, MI 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5011-2 (rústica)

ISBN 978-0-8254-7033-2 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 32 31 30 29 28 27 26 25 24 23

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

Con afecto cristiano, este libro está dedicado a Hilary Spurgeon, Richard Spurgeon y Tim y Susan (Spurgeon) Cochran. En el linaje del gran hombre, ellos han llegado a ser amigos de la Biblioteca Spurgeon. Nos han bendecido con sus objetos, su presencia y su amistad. Que las convicciones de Charles Spurgeon vivan por medio de ellos, y de sus herederos, para las generaciones venideras.

Contenido

Introducción	9
1. El arco iris	13
2. Una promesa refrescante	33
3. Obtención de promesas	45
4. Descanso, descanso	61
5. ¡Confía en Él! ¡Confía en Él!	81
6. Dulce paz para creyentes probados	99
7. Un remedio para la ansiedad	115
8. Bendición de plena seguridad	135
Agradecimientos	159

Introducción

POR JASON K. ALLEN

EN LOS DOS mil años de historia cristiana, ciertos nombres han adquirido un carácter inmortal. Generación tras generación, siglo tras siglo, estos nombres permanecen con nosotros. Su legado perdura y, con cada generación que pasa, inspiran a la próxima a defender la fe, servir a la iglesia y cumplir la Gran Comisión.

En la era patrística, Agustín y Atanasio se destacaron por sus enunciados y sus defensas trinitarias y cristológicas. En la época de la Reforma, Juan Calvino y Martín Lutero sobresalieron por haber recuperado las Escrituras e incluso el evangelio mismo.

Más cerca de nuestra época, Jonathan Edwards y George Whitefield impulsaron el Gran Despertar, ganándose una posición incuestionable como grandes cristianos. De igual manera, William Carey, Adoniram Judson y Luther Rice lideraron el movimiento misionero moderno, de ahí que se les elogie como corresponde.

Estos personajes, y muchos otros como ellos, demostraron ser titanes en servir a la causa de Cristo en formas monumentales. Existen motivos para que cada uno de ellos aparezca en el monte Rushmore del cristianismo.

Charles Spurgeon también se ha ganado esa posición. El predicador británico pastoreó la iglesia más grande (Metropolitan Taber-

nacle) en la ciudad más grande (Londres), ubicada dentro del mayor imperio mundial en ese tiempo, el Reino Unido. Spurgeon fue el hombre correcto, en el lugar correcto, en el momento correcto.

Spurgeon emergió a la escena nacional en Gran Bretaña siendo todavía un predicador adolescente. Sin aún haber cumplido treinta años, era el predicador más conocido en Inglaterra y rápidamente en todo el mundo.

Spurgeon predicaba hasta diez veces por semana, pastoreó la mayor congregación de Inglaterra (y posiblemente del mundo), e inició más de sesenta ministerios, entre ellos una universidad de pastores e importantes orfanatos. Adicionalmente, publicó ciento treinta y cinco libros, y sesenta y tres volúmenes de sermones, al mismo tiempo que hacía transcribir sus sermones semanales y enviarlos por todo el mundo. Spurgeon sigue siendo uno de los cristianos más leídos de todos los tiempos.

¿Qué hizo a Spurgeon tan convincente, su ministerio tan extenso y su reputación tan perdurable? Sus observadores, tanto de su época como de la actual, han señalado sus dones. Y, sin duda alguna, Dios dotó a Spurgeon en maneras tan extraordinarias que su mente era deslumbrante, su voz poderosa, su imaginación encantadora, su nivel de energía inagotable y su audacia incuestionable.

A menudo, Spurgeon insistió en el poder de las Escrituras y el ministerio del Espíritu Santo. Sin embargo, la mayoría de veces indicó que la oración era el secreto de su éxito ministerial, en especial, las oraciones de los miembros de su iglesia.

No obstante, hay otro factor que contribuyó a la fortaleza espiritual y la solidez ministerial del extraordinario predicador: su determinación que se expresaba en una firme confianza en las promesas de Dios. Este predicador descansaba en las promesas divinas.

Para Spurgeon, los interrogantes fundamentales de la vida y el

INTRODUCCIÓN

ministerio estaban resueltos. Es frecuente que tales interrogantes mantengan despiertos a los cristianos durante la noche y hagan que los ministros duden de su llamado ministerial. ¿Podía Spurgeon estar seguro de su salvación? Absolutamente. ¿Podía consolarse en el poder de las Escrituras? Sin duda alguna. ¿Podía depender en el ministerio del Espíritu Santo? Por supuesto. ¿Podía descansar en la soberanía absoluta de Dios en los asuntos de los hombres y por tanto confiar en Él? Sin la menor duda.

Este es el Dios de las Escrituras, y es el Dios que Spurgeon nos presenta en este libro. Tal como él solía expresar: «Dios promete cuidar a su pueblo, y cumplirá sus promesas».¹ Ojalá leas este libro y, ya sea en buenos o malos tiempos, descanses en las promesas de Dios que irás descubriendo a medida que lo estudias.

1. Esta cita se le atribuye comúnmente a Charles Spurgeon, pero el origen se desconoce.

1

El arco iris



RESUMEN:

Tal como el arco iris representa un pacto de gracia que es eterno, así es el pacto entre Dios y el hombre en la persona de Jesucristo. Cristo es para nosotros la señal del pacto, un recordatorio para los elegidos de que Dios los ha salvado. Él es mucho más que el arco iris, ya que Jesús está eternamente entronizado como el mediador del más grande pacto de gracia.

CITAS DESTACADAS:

«Él les dio un pacto: un pacto adornado con un símbolo divino y ratificado con su propia firma estampada en todos los colores de la belleza».

«Y así, cuando Dios hizo un pacto con Cristo, no se trataba de: "Salvaré a mi pueblo si ellos hacen esto", sino: "Los salvaré" y "ellos serán salvos", desde el primero hasta el último».

«Dios nunca le ha fallado a su pueblo, ni ha desechado a sus escogidos; ninguna promesa ha dejado de cumplirse y ninguna palabra ha dejado de ser fiel».

El arco iris

Estará el arco en las nubes, y lo veré, y me acordaré del pacto perpetuo entre Dios y todo ser viviente, con toda carne que hay sobre la tierra.

GÉNESIS 9:16

LA HISTORIA DE la preservación de Noé en el arca es una representación indicativa de la salvación por parte de nuestro Señor Jesucristo. Creemos que su intención especial es representar esa parte de nuestra salvación que se encuentra en el lavamiento de la regeneración. Del mismo modo que el bautismo es el símbolo externo de la regeneración, así también lo es el arca, «en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua» (1 P. 3:20). El arca fue sepultada en esas terribles lluvias y espantosas cataratas que inundaron la tierra, y la familia de Noé quedó sepultada en esa arca para todo el mundo. Pero mediante esta sepultura salieron luego flotando del antiguo mundo condenado hacia la nueva creación de vida y gracia. Muerte para el mundo y sepultura en el arca fueron los medios que guardaron la seguridad de Noé.

El apóstol Pedro afirma: «El bautismo que corresponde a esto

ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo» (1 P. 3:21). El bautismo es una representación muy significativa de la regeneración, pero en ningún sentido es la causa del nuevo nacimiento. El bautismo no salva a nadie excepto, como Pedro declara, en forma figurada; pero como representación, está eminentemente repleto de enseñanza divina. El bautismo establece la gran verdad de que el creyente, al encontrarse hoy día en el antiguo mundo, está sepultado a ese mundo. Su resurrección de la tumba líquida es la imagen de su resurrección en Cristo hacia una nueva creación como un nuevo hombre, «a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva» (Ro. 6:4). Quiera Dios que pensemos más en estar muertos con Cristo, sepultados con Él y en ser resucitados con Él.

¿No crees, querido amigo, que la historia de Noé puede considerarse típica e instructiva? Noé salió del arca; ya no se hallaba encerrado y acorralado dentro de esos estrechos límites. Caminó por el mundo, y el mundo entero estaba a su disposición. ¿No es esa una imagen de la libertad del cristiano que ha sido «sepultado con Cristo» y que disfruta la posesión del Espíritu libre de Dios? Para el creyente, no hay espíritu de esclavitud; es libre como un niño en la casa de su padre. Todo le pertenece, como dádiva de Dios, para que lo use y disfrute; ha aprendido a utilizar la libertad con la que Cristo nos hace libres, y si el Hijo nos hace libres, somos realmente libres.

Cuando Noé sacrificó el becerro y los demás animales, y los ofreció sobre el altar, ¿no mostró el quehacer del creyente? Porque también ofrecemos sacrificios aceptables de oración y alabanza a Dios, y nosotros mismos somos sacrificios vivos para Dios. ¿Acaso no afirmó a todas las generaciones de los santos: «Ustedes, al ser así librados de una muerte que merecen, deben vivir como sacerdotes para su

Dios»? Cuando el Señor se agradó ese día en bendecir a Noé y su familia, ordenándoles que fueran fructíferos, ¿no describió la fecundidad que pertenece a los creyentes, para que, al morar en Cristo, lleven «mucho fruto»? ¿No nos enseña tal bendición con qué fervor debemos procurar ser espiritualmente los padres de almas inmortales, sufriendo dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ellas?

Cuando el Padre divino les concedió dominio sobre las aves, los peces y todo el ganado, ¿no describe esto el poder que los creyentes tienen sobre la lujuria, el pecado y la maldad? ¿Y no se profetizó el sometimiento de todas las cosas por el poder de la fe que hay en ellos, de modo que los que lleguen a ser «sacerdotes» en sacrificio se conviertan también en «reyes» en virtud de la carta de dominio que el Padre celestial les otorga?

Cuando Dios permitió consumir carne, ¿no estableció tal comida en la que los verdaderos creyentes nos nutrimos al comer la carne y beber la sangre de Cristo, el cual se ha convertido en el alimento espiritual de nuestras almas? ¿Estoy forzando la alegoría si cierro estas espiritualizaciones observando que la seguridad que Dios proporcionó entonces a Noé y sus descendientes es esa misma seguridad bajo la cual estamos? Él les dio un pacto: un pacto adornado con un símbolo divino y ratificado con su propia firma estampada en todos los colores de la belleza. Nosotros también estamos bajo un pacto que tiene su propio testigo fiel en el cielo, más trascendentalmente ilustre y hermoso que el arco iris: la persona de Cristo Jesús nuestro Señor.

Él les dio un pacto:
un pacto adornado
con un símbolo
divino y ratificado
con su propia firma
estampada en
todos los colores
de la belleza.

CÓMO DESCANSAR EN LAS PROMESAS DE DIOS

Sin embargo, dejando todos esos puntos, llegamos a este: tenemos razones bíblicas que nos aseguran que el mundo ya no será otra vez destruido por un diluvio. Esta promesa es típica de un pacto aún más antiguo que Dios hizo con Cristo, según el cual Él sería un Dios para los israelitas, y ellos deberían ser sus elegidos para todo el mundo, como vemos en Isaías 45. Entonces, el pacto de Noé es típico del gran pacto hecho con Cristo a favor de su pueblo; y el arco iris, como un símbolo del pacto con Noé, es típico de nuestro Señor Jesús, quien es el testigo de Dios para el pueblo.

Apocalipsis 4:3 nos informa que «había alrededor del trono un arco iris», mostrando que el arco no es un símbolo temporal solo para la tierra; es un símbolo de las cosas eternas y celestiales. En Apocalipsis 10 descubrimos que al poderoso ángel con el libro en la mano derecha, quien pondrá un pie sobre el mar y el otro sobre la tierra, se le describe con la cabeza coronada con un arco iris. En este lugar, nuestro Señor Jesucristo, en calidad de mediador, lleva el símbolo del pacto sobre la frente. En el otro pasaje se representa a nuestro Señor como Rey que está sentado en el trono, rodeado de las insignias del pacto de gracia que rodea ese trono. Así que la majestad, el poder y la gracia del Señor no se hacen evidentes, excepto en forma de pacto y, después de una especie de pacto, puesto que el arco iris debe salir antes que los rayos brillantes del poder y amor del Señor puedan alcanzar a los humanos.

Esto nos lleva ahora al centro de nuestro discurso. Tenemos que hablar de dos aspectos (el significado del pacto y la señal del pacto) que funcionan en paralelo todo el tiempo entre los dos pactos. El significado del pacto de Noé es el mismo del pacto de gracia, tal como el arco iris representa, y en cierto sentido también es, la señal del pacto de gracia.

¿CUÁL ES SU SIGNIFICADO?

Este es un pacto de pura gracia. No había nada en Noé que llevara a Dios a hacer un pacto con él. Noé era un pecador y, pocos días después, demostró serlo de la manera más impactante. Fue uno de los mejores hombres, pero los mejores hombres no son más que simples hombres que no pueden exigir el favor de Dios. Noé fue salvo por fe, como el resto de nosotros debe serlo, y todos sabemos que la fe es incompatible con cualquier pretensión de mérito. Al menos a uno de los hijos de Noé se le debe considerar como un pecador declarado y desinhibido, y no pudo haber ningún motivo para que Dios hiciera un pacto con él. No tenemos razón para imaginar que Noé buscara alguna vez este pacto. Es verdad que ofreció un sacrificio, pero no sabemos si se atrevió a pensar en la idea de que Dios se comprometería con él a no destruir la tierra.

Imaginamos que la primera nube que apareció en el cielo pudo haber hecho sobresaltar al patriarca, y que la primera gota de agua que cayó le echaría a perder su comodidad. Como predicador de justicia, comprendía muy bien que por razones de justicia no tenía ningún derecho sobre el Dios santísimo, y no se aventuraría a reclamar ningún mérito propio. Pero, por puro favor, así como de la ladera de la montaña brota libremente el manantial resplandeciente sin acción ni participación del hombre, así este pacto de generosa misericordia brotó espontáneamente del desbordante, siempre generoso y amoroso corazón de Dios.

Ciertamente, así ocurre con ese pacto mayor, porque este fue hecho con Cristo y, como no había hombres que suplicaran, no pudo deberse a la intercesión de estos. Como no había hombres que merecieran algo, el pacto no podía comprarse con lo que ellos valieran; y como la presciencia divina sabía bien que el hombre sería

perverso, ningún presagio de bondad humana pudo haberlo sugerido. Y, sin embargo, así como el Señor clemente afirma que de quien quiere, tiene misericordia, y que su corazón se hinchará como el mar profundo con mareas crecientes de amorosa compasión, igualmente se agradó en herir a Cristo, nuestro pacto y espíritu vivificante, para por gracia y solo por gracia comprometerse con Él a nuestro favor.

Observamos que el pacto fue totalmente de promesa. Al leer los versículos del pacto con Noé, nos sorprende encontrar una y otra vez «yo establezco», «he puesto», «será», «sucederá», «me acordaré». Aquel que conoce la diferencia entre «harás» y «haré» es un buen teólogo. El antiguo pacto de obras es «tú harás»: «No cometerás adulterio; no matarás; no hurtarás». La muerte siempre nos llega por ese pacto de mandamientos, pero el nuevo pacto es «yo haré», y la vida nos llega por sus promesas. El pacto de gracia dice así: «Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré» (Ez. 36:25). Si hay un «tú harás», no es a modo de mandato sino de promesa. «Haré esto» y «tú harás aquello». Ah, querido amigo, nuestro corazón se regocija al pensar en tan potentes propósitos y promesas (esos pilares inamovibles que la muerte y el infierno no pueden estremecer), los propósitos y las promesas de un Dios que habla y se cumple lo que dice, que ordena y permanece firme lo que proclama. No veo allí un «sí» condicional ni un «pero», y ni siquiera la sombra de un fantasma. Todo es: «Yo haré», «yo haré», «yo haré», de principio a fin. Y así, cuando Dios hizo un pacto con Cristo, no se trataba de: «Salvaré a mi pueblo si ellos hacen esto», sino: «Los salvaré» y «ellos serán salvos» desde el primero hasta el último.

El apóstol Pablo es muy claro en esto. En esa bendita epístola a los Gálatas, llama a esto un pacto de la promesa y hace la diferencia entre Ismael, «el hijo de la esclava» según la naturaleza y las obras,

e Isaac, el hijo de la promesa y el regalo de Dios, por encima de la naturaleza. Tú y yo no estamos hoy día bajo un pacto que exija algo de nosotros: favores incondicionales o misericordias ilimitadas, aseguradas a todos los descendientes mediante el juramento y la promesa, ¡la disposición y la voluntad de Dios!

Además, este pacto se ha cumplido fielmente hasta ahora. Se me alegró el corazón al reflexionar en este asunto y recordar que, aunque dependo de la fidelidad del pacto, no me encuentro solo en esa sumisión, porque todo ser vivo sobre la faz de la tierra vive como resultado del pacto inmutable de Dios. Los compromisos del pacto preservan al mundo de diluvios; de no ser por ese pacto, las cimas de los montes podrían estar cubiertas mañana. La permanencia de un pacto es muy segura, pues en estos miles de años el mundo no ha sido destruido por un diluvio. Según el testimonio de los mismos burladores, desde que los primeros padres murieron, la tierra que está en el agua y fuera del agua sigue siendo la misma, y así también ocurre con el pacto de gracia. Nunca ha sido removido o alterado, ni se han incumplido sus promesas. ¡Oh, Santo, tú moras en tabernáculos que nunca serán derribados! Dios nunca le ha fallado a su pueblo, ni ha desechado a sus escogidos; ninguna promesa ha dejado de cumplirse y ninguna palabra ha dejado de ser fiel.

Amado, respecto del pacto de Noé y del pacto de gracia, se puede afirmar que en ningún grado dependen del ser humano. El arco está puesto en las nubes, pero no se dice: «Cuando mires el arco iris y recuerdes mi pacto, entonces no destruiré la tierra»; tampoco está gloriosamente colocado sobre nuestra memoria, que es voluble y frágil, sino sobre la memoria de Dios, que es infinita e inmutable. «El arco iris estará en las nubes, y yo lo veré para recordar el pacto eterno». ¡Vaya! No es que yo me acuerde de Dios; es que Él se acuerda de mí. No es que yo me aferre a su pacto, sino que

su pacto se aferra a mí. ¡Gloria a Dios! Incluso la reminiscencia del pacto no queda en nuestros recuerdos, porque podemos olvidar, pero nuestro Señor no puede olvidar, ni se olvidará de los santos, a quienes tiene grabados en las palmas de sus manos.

Él está hoy día con nosotros como estuvo con Israel en Egipto. Allí, la sangre estaba en el dintel y en los dos postes, pero Dios no declaró: «Cuando ustedes vean la sangre, yo pasaré de largo», sino: «Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo». El hecho de que yo mire a Jesús me produce gozo y paz, pero el hecho de que Dios mire a Jesús asegura mi salvación y la de todos sus elegidos. Porque es imposible que nuestro Dios mire a Cristo y luego esté furioso con nosotros por los pecados ya castigados en Cristo. No, querido amigo, ni siquiera depende de nosotros que nos salvemos al recordar el pacto. Ni un solo hilo de la existencia estropea la tela. Aquí tenemos el oro puro, sin un átomo de aleación. No se trata del individuo, ni depende de este, sino solo del Señor. Debemos recordar el pacto, y lo haremos, por la gracia divina, pero el meollo del asunto no yace allí; se trata de que Dios nos recuerda, no de que nos acordemos de Él.

De ahí que, por todas estas razones, este sea un pacto eterno. Dios ha establecido para siempre este pacto en el cielo. E incluso el pacto de gracia no está destinado a ser efímero y temporal. Por si te concierne hoy día, «es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (He. 13:8). Si el pacto te bendice en este momento, te bendecirá en la vejez, en caso de muerte, en la resurrección y por toda la eternidad. Ningún tiempo puede cambiar una de las estipulaciones del pacto. Puedes recorrer los siglos y volar por las edades hasta la eternidad, pero no podrás descubrir algo como el cambio o el incumplimiento de un solo artículo del pacto de gracia; sus jotas y sus tildes son seguras para toda la simiente.

Quiera Dios que tú y yo estudiemos más la doctrina de este

pacto de gracia. Nuestros antepasados puritanos predicaron mucho al respecto. Aquellos teólogos escoceses, que fueron un segundo grupo de puritanos, se preocupaban siempre por los pactos. No es muy probable que aquel que estudia las doctrinas del pacto tenga confusiones en su ministerio o predique un evangelio de sí y no. Mi querido amigo, cuando pienses en el pacto de la ley y el pacto de la gracia, y recuerdes que se oponen entre sí, debe surgir forzosamente delante de ti el hecho de que podemos dirigir el evangelio hacia el pecador como pecador, sin un ataque de su parte; de que podemos seguir creyendo en el amor de Dios por los santos, aunque hayan pecado; y de que, a pesar de todo el mal comportamiento de cualquiera de los escogidos, su salvación nunca está en peligro, nunca está en riesgo, en lo que respecta a la voluntad y al poder de Dios. Aquel que juró salvarlos, y los amó en Cristo y les ha dado fe, con toda seguridad los salvará y los llevará a la gloria. La tierra será destruida con agua mucho antes que uno de los elegidos de Dios sea condenado. Sabemos que será destruida por fuego, pero cuando «los montes se moverán, y los collados temblarán» (Is. 54:10), el pacto de su gracia seguirá en pie, y Él se acordará de todos aquellos que tengan interés en ese pacto.

¿CUÁNDO VEREMOS LA SEÑAL DEL PACTO?

En lo que concierne a Dios, el pacto no necesita señal; las señales se nos dan debido a nuestra pequeñez de corazón, a nuestra incredulidad, a nuestro constante olvido de la promesa de Dios. El arco iris es el símbolo del pacto de Noé, y Jesucristo, quien es el pacto, también es para nosotros un símbolo de ese pacto. Él es el testigo fiel en el cielo.

Observemos cuándo podemos esperar ver la señal del pacto.

CÓMO DESCANSAR EN LAS PROMESAS DE DIOS

El arco iris solo se ve dibujado sobre una nube. No esperemos señales, excepto cuando las necesitemos. Cuando pueda, el Señor Jesús nos confiará a nuestra fe; porque en general para nosotros es más saludable y más fortalecedor que andemos por fe, no por vista (2 Co. 5:7). Las señales son ayudas para nuestra infancia; pero serían innecesarias para nosotros como seres maduros. Para los hombres cuya fe está en orden vigoroso, las señales son como muletas para un individuo que no es cojo, o como lentes para aquellos cuya vista es perfecta.

El Señor se complace en dar señales cuando estas son deseadas, y por eso las da, como da el arco iris, si hay una nube. Cuando la mayor nube que alguna vez hubo sobre la tierra cubrió de tinieblas el Calvario, cuando el sol mismo sufrió un eclipse, cuando el pecado humano y la ira divina ocasionaron una tempestad tan tenebrosa y terrible que toda la tierra se espantó, entonces, sobre esa nube oscura se dibujó el arco iris, porque Jesús fue levantado y, en medio de esa espesa penumbra, Él —la expiación y la redención— se ofreció a sí mismo y derramó su propia sangre.

Cuando la conciencia del pecador está cargada de nubarrones tenebrosos, cuando recuerda su pecado pasado, cuando llora y se lamenta delante de Dios, Jesucristo se le revela como el arco iris del pacto, declarando paz. Y cuando las pruebas envuelven al creyente, cuando las tentaciones lo acosan, cuando los espíritus lo deprimen, entonces es dulce contemplar la persona de nuestro Señor Jesucristo —el arco iris de Dios— colgando sobre la nube de todos nuestros pecados, nuestras penas y nuestros males. Creyente, cuando estemos en medio de una nube, busquemos una señal y no estemos satisfechos sin ella. Corramos presurosos hacia la roca de nuestra salvación y supliquémosle que nos dé una visión reconfortante de Jesús, quien volverá a ser el pacto para nuestras almas.

Una nube, por sí sola, no produce un arco iris; debe haber lluvia. No puede haber arco iris a menos que haya gotas cristalinas que reflejen la luz del sol. Entonces, amado, nuestros pesares no solo deben amenazar, sino que deben caer realmente sobre nosotros. No hubiera existido Cristo para nosotros si la venganza de Dios hubiera sido tan solo una nube amenazante; debió caer en forma de terribles gotas sobre Él. Cristo, quien presenta al mismo tiempo la venganza y el amor de Dios, no habría venido a nosotros a menos que hubiera habido una verdadera venganza y un verdadero castigo para el pecado. A menos que haya una verdadera angustia en la conciencia del pecador, no hay Cristo para él, y a menos que el castigo que sientes se haga doloroso para ti, no puedes esperar ver a Jesucristo. Puede ser que algunos de nosotros solo tengamos visiones superficiales de Cristo, y que pocos recibamos visitas de su parte, porque tenemos muy pocos problemas; y la razón de que la mayoría de los santos en estos días no vivan tan cerca de Jesús, como solían hacerlo en los siglos pasados, podría deberse a que no tenemos muchas de esas lluvias de persecución que caían en ese tiempo. Debe haber gotas de lluvia, o de lo contrario no habrá arco iris; debe haber lluvias de venganza que caigan de lo alto, o de lo contrario no se podrá ver a Cristo.

Sin embargo, también debe haber sol; porque las nubes y las gotas de lluvia no producen arco iris a menos que el sol brille. Amado, nuestro Dios, quien es como el sol para nosotros, siempre brilla, pero no siempre lo vemos. Nubes ocultan su rostro, pero sin importar las gotas que caigan o las nubes que amenacen, si Él brilla, habrá un arco iris de inmediato. Cuando «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Ro. 5:5), cuando podemos exclamar: «¡Abba, Padre!» (Ro. 8:15), y el amor y la paz de un Padre se exhalan sobre

nosotros, entonces vemos a Jesucristo; contemplamos al Padre en la persona de su Hijo.

Se dice que, cuando vemos el arco iris, esa lluvia particular se acaba. Cierto es que, cuando Cristo viene, nuestras confusiones terminan; cuando contemplamos a Jesús, nuestros pecados desaparecen; nuestras dudas y nuestros temores se desvanecen ante su mandato. Cuando Él camina sobre las aguas del mar, habrá calma. Pero otros afirman que el arco iris es el arco de lluvia y que anuncia mal clima. Es probable que esto sea igualmente cierto. Sin duda, cada vez que recibes una muestra de amor de parte de Cristo puedes esperar algún problema, porque Él lleva a su pueblo a la casa del banquete, ya sea antes de una batalla o después de ella. Melquisedec salió a encontrarse con Abraham cuando todos los reyes habían sido sacrificados; pero a veces, nuestro Melquisedec trae el pan y el vino justo antes que la batalla comience. No debemos vivir siempre de muestras de amor; nuestro amado Jesús prefiere hacernos vivir por simple fe, por lo cual andamos en tinieblas y no vemos la luz. Sin embargo, el arco iris resulta ser una vista encantadora, y una visión de Jesús es penetrante y transportadora, pero no puedes esperar verlo a menos que sea cuando la tormenta haya terminado, cuando otra tormenta se acerca, cuando la nube esté allí, cuando las gotas estén cayendo, o la luz del rostro de Dios esté brillando especialmente sobre ti.

¿QUÉ VEMOS EN NUESTRO TESTIGO DEL PACTO EN EL CIELO?

Vemos en Él lo que vemos en el arco iris: gloria y belleza trascendentes. Podríamos pararnos a contemplar el arco iris con asombro y admiración, sin cansarnos nunca. No sé si has observado pinturas

del arco iris, ¿has visto alguna vez una buena? ¿Verás alguna vez una buena? El arco iris no se puede pintar; es imposible. Hay tal fusión y mezcla de colores que el arte humano nunca podrá rivalizar con el arte de Dios. El Maestro pintor, con la nube negra como su paleta y los rayos del sol como su lápiz, pinta de tal manera que ningún artista puede competir con Él. Pero ¿compararé a mi Señor Jesús con el arco iris? Le haría una injusticia. Nunca has visto, y nunca verás, una imagen de su rostro que te satisfaga. Los maestros pueden pintar a Judas; hay algunos rostros buenos de Pedro; hay agradables imágenes de Juan; pueden pintar a María Magdalena, pero nunca a Jesucristo. Ningún artista que haya existido puede captarle la expresión del rostro, mucho menos estamparlo en un lienzo. Y, en cuanto a la belleza del carácter de Jesús, ¿no deberíamos exclamar igual que la esposa en Cantares: «He aquí que tú eres hermoso» (Cnt. 1:16)?

El arco iris ha sido reconocido por poetas y trovadores antiguos como un mensajero designado de Dios. Homero lo llama «el mensajero de los dioses», y las antiguas mitologías lo describen como Iris, el mensajero de Juno. No sabían quién lo había enviado, ni qué misión vino a cumplir, pero lo reconocían como un embajador divino. Y, sin duda, así es Cristo, el mensajero del pacto en quien nos deleitamos, el gran embajador de Dios, quien es «nuestra paz», «el Deseado de todas las naciones», quien vendrá y será aclamado como «Rey de reyes y Señor de señores». ¡Oh, bendito arco iris! ¡Jesús! ¿Cuándo contemplarán tu hermosura los ojos mortales? ¿Cuándo se postrarán ante ti todos los reyes, y te entregarán sus cetros y sus coronas?

En el arco iris y en Cristo veo venganza satisfecha. ¿No es el arco un símbolo del poder del guerrero? Con flechas de largo alcance tira de la cuerda y, ¡ay de sus enemigos! Pero, cuando un héroe cuelga

CÓMO DESCANSAR EN LAS PROMESAS DE DIOS

su arco en la pared, ¿no significa que la guerra concluyó y la paz se ha proclamado? Cuando afloja el arco y lo deja sin la cuerda y sin flecha, significa que no saldrá más a cazar a sus adversarios; su flecha ya no «se embriagará de la sangre de sus enemigos». Hace a un lado el arco, lo cuelga en lo alto y lo deja sin cuerda y sin flecha. Así sucede con el arco iris. Sigue siendo un arco, es verdad, pero colgado, un arco sin cuerda ni flecha. Y así es Cristo, el arco de Dios. Jesús, la flecha de Dios, la saeta pulida en la aljaba del Altísimo. Pero ahí lo veo: un arco todavía, poderoso para destruir, pero sigue siendo un arco sin cuerda. Se despojó de ella cuando vino del cielo a la tierra y dormitó en el pesebre. ¡Un arco sin flecha! Amado, Cristo es la venganza satisfecha. Esas heridas, esas joyas resplandecientes y bruñidas de sus manos, indican que Dios no exige más del hombre.

Una vez más, el arco iris es una muestra de que la venganza en sí se ha puesto de nuestra parte. Mira, el «arco» sigue intacto. Él no lo rompió contra su rodilla. Sigue siendo un arco. La venganza está allí, la justicia está allí, pero ¿hacia dónde apunta? Hacia arriba, no para disparar flechas sobre nosotros, sino que está allí por nosotros, si tenemos suficiente fe para tensarlo y convertirlo en nuestro Arco glorioso que estiramos con todas nuestras fuerzas y así enviamos nuestras oraciones, nuestras alabanzas y nuestros anhelos a las alturas, al trono de Dios. Poderoso es aquel hombre, omnipotente es su fe, que tiene el poder para tensar ese arco y disparar sus oraciones hacia el cielo.

Aún más, ya que este no es un arco negro, ni rojo sangre, sino que está pintado con los colores de la festividad y el deleite, me parece como si el cielo colgara sus guirnaldas de gozo, mientras los ángeles cantan: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (Lc. 2:14). Ellos

sacan los carteles en sus estandartes de gloria y los cuelgan en el cielo. El cielo exhibe sus gloriosos estandartes para mostrar que Dios está completamente satisfecho con Cristo y en paz con el hombre, que Él se alegra con la alegría humana y se regocija en el júbilo del ser humano. Creyente, levanta la mirada hacia la persona de Cristo, contempla el gozo de Dios, y tu alma se llenará de éxtasis y deleite.

En el arco iris vemos el color exclusivo de la luz —que a nosotros nos parece blanco—, fragmentado, interrumpido, refractado, distribuido, mezclado, armonizado, liberado en todos sus elementos distintos. No hay duda de que existen más colores en la luz de los que nuestros ojos alguna vez han visto. El espectro del ojo solo puede abarcar cierta cantidad de colores, pero existen otros por debajo del inferior y por encima del superior. Hay infinitamente más en Dios de lo que tú y yo jamás podremos ver. Una de las mejores vistas de la luz, disuelta y analizada, es la que tenemos en el arco iris. Allí vemos los colores dispuestos en su orden correcto y podemos observar cómo el rojo se funde en el anaranjado, el anaranjado en el amarillo, el amarillo una vez más en el verde, el verde en el azul, el azul en el índigo y el violeta. Allí se encuentran todos, ninguno fuera de lugar, ninguno olvidado.

El carácter de Dios es uno, igual que su esencia. Sin embargo, para nosotros, a fin de que podamos interpretarlo, debe estar desarticulado, pero sin perder la armonía. Aquel que ha visto a Cristo «ha visto al Padre», y quien ve el arco iris ve la «Luz», Cristo y el Padre: la justicia de Dios fundiéndose y mezclándose en su verdad; la verdad de Dios mezclándose en su misericordia; esa misericordia fundiéndose en su amor; ese amor en contacto con su fidelidad. Y así, cada atributo al lado de su primo hermano, todos ellos absolutamente necesarios para completar la gloria de ese arco, y cada uno

CÓMO DESCANSAR EN LAS PROMESAS DE DIOS

de ellos puesto necesariamente en su lugar apropiado para hacer del arco una armonía y una música de colores.

Amado, así es Jesucristo. Si pudiéramos entenderlo, no podríamos equivocarnos respecto a Dios. En Jesús veo una justicia roja como la sangre, una justicia tan feroz como si no hubiera compasión; ¡pero qué amor veo también! ¡Qué amor ilimitado! Todo está claramente allí. ¡El todo de Dios está descrito en Cristo! Y, sin embargo, te advierto que no podemos ver la totalidad de Dios, nunca en esta vida. Podemos decir sin ningún esfuerzo que lo más que podemos ver alguna vez, incluso en Cristo, según se nos ha revelado, es solo un glorioso semicírculo de la verdad, un arco, como una escalera divina, por la cual podemos subir hasta la majestuosidad misma de Dios. Pero allí hay otra mitad que tú y yo no hemos visto, y que no veremos hasta que lleguemos al trono de Dios. Además, ese arco iris que está en el cielo difiere de los nuestros; pues el de allí es «semejante en aspecto a la esmeralda» (Ap. 4:3). El verde predomina. El suave brillo de la misericordia de Dios, y su amor, parecerán triunfar sobre el jaspe y el zafiro ardientes de su justicia.

¿CÓMO DEBEMOS ACTUAR CON RELACIÓN A JESUCRISTO?

En primer lugar, actuemos como niños pequeños, quienes corren aplaudiendo con alegría: «Papá, ¡afuera hay un arco iris!». Salen corriendo a mirarlo y se preguntan si podrán encontrarle el final. Ellos desearían que les permitieras correr hasta poder alcanzarlo. Miran, miran, miran y miran, y cuando la lluvia empieza a amainar y el arco iris se extingue, se quedan muy tristes por haber perdido la espléndida visión.

Amado, seamos niños. Siempre que pensemos en Cristo seamos niños pequeños, y miremos, miremos y miremos una y otra vez; y anhelemos llegar a Él porque, a diferencia del arco iris, podemos llegar a Cristo. Te recomiendo que sigas ese arco iris divino hasta llegar a sus pies y abrazarlo.

Mientras miramos, ¿no debemos alabar y admirar? Una o dos naciones de la antigüedad acostumbraban siempre, como parte de su religión, cantar himnos cuando veían el arco iris. ¿No deberíamos hacerlo nosotros cada vez que veamos a Cristo? ¿No debería ser este un día marcado con letras rojas en nuestro diario? «Este día alabemos tu Nombre».

Además, cuando veamos a Cristo debemos confesar nuestro pecado con humildad. Un antiguo escritor afirma que los judíos confiesan sus pecados cuando observan el arco iris. Estoy seguro de que, siempre que veamos a Cristo, debemos recordar el diluvio de ira del que Él nos ha librado, las llamas del infierno de las que nos ha salvado; y así, inclinándonos humildemente en el suelo, amemos, alabemos y bendigamos su nombre.

Si para ti no hay nada en este sermón, es porque nunca te has aferrado al pacto. Nunca has creído en Jesús. Recuerda que una fe sencilla en Cristo es la evidencia de que estás en el pacto. Si crees en el Señor Jesucristo con todo tu corazón, entonces tu nombre está inscrito en el registro de los bienaventurados; pero si no crees en Él, por excelente que sea tu carácter, por piadosas que sean tus obras, perecerás en tus pecados. Al creer te pones bajo el arco divino del bendito pacto. Verás sus gloriosos colores con júbilo y deleite, y estarás seguro, cualesquiera que sean las catástrofes que sacudan la tierra, y cualesquiera que sean las calamidades que perturben a los seres humanos.